



www.loqueleo.es

© Título original: *The call of the wild*, Jack London

© De la adaptación del texto: 2022, Ana Alonso

© De las ilustraciones: 2022, Nicolás Castell

© De esta edición:

2022, Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Infantil y Juvenil, S. L.

Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-397-9

Depósito legal: M-31867-2021

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: septiembre de 2022

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

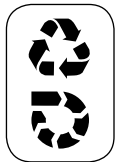
Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Rosa Marín, Julia Ortega y Laura Ruiz



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Jack London

**LA
LLAMADA
DE LO
SALVAJE**

loqueleq

*Una nostalgia antigua y vagabunda
desgasta la rutina y sus cadenas
y, del sueño brumoso en el que duerme,
el instinto animal por fin despierta.*

HACIA LO PRIMITIVO



uck no miraba nunca los periódicos. Si lo hubiera hecho, se habría dado cuenta de que una amenaza nueva se cernía no solo sobre él, sino sobre cualquier perro con buenos músculos y pelaje espeso desde Puget Sound a San Diego. Porque los hombres, avanzando a tientas en la oscuridad del Ártico, habían encontrado un metal amarillo, las compañías de transportes habían propagado la noticia y miles de hombres se dirigían ansiosos hacia el norte. Aquellos hombres querían perros, y los perros que querían eran grandes, con buena masa muscular para soportar el trabajo y pelambreras abundantes que los protegiesen de las heladas.

Buck vivía en una extensa propiedad en el soleado valle de Santa Clara. La hacienda del juez Miller la llamaban. Se encontraba a cierta distancia de la carretera, detrás de unos arbustos que ocultaban a medias la espaciosa galería que la rodeaba por sus cuatro costados. Se llegaba a ella por los senderos de gravilla que recorrían las amplias extensiones de césped o recorriendo la

avenida principal bajo las ramas entrelazadas de los álamos. En la parte de atrás había aún más espacio que por delante. Allí se encontraban las caballerizas, con sus doce mozos de cuadra, y las casitas cubiertas de enredaderas de los criados, así como innumerables cobertizos, viejos emparrados, pastos, huertos y bancales de bayas. También había una bomba para el pozo artesiano y un gran estanque de cemento donde los muchachos del juez se daban un chapuzón cada mañana para que el frescor les durase hasta las calurosas horas de la tarde.

Sobre aquellos inmensos dominios reinaba Buck. Allí había nacido y allí había vivido los cuatro años de su vida. Había también otros perros, no podía ser de otra manera en una propiedad tan grande, pero no contaban. Llegaban y se iban. O bien vivían en las perreras o dormitaban en los oscuros rincones de la mansión, como hacía Toots, el dogo japonés, o Ysabel, la pelona mexicana, criaturas discretas que raramente asomaban el hocico al exterior o pisaban la tierra con sus patas. Del lado de las perreras estaban los fox terriers, que aullaban nerviosas amenazas cada vez que Toots e Ysabel se asomaban a las ventanas bajo la protección de una legión de doncellas armadas con escobas y fregonas.

Pero Buck no era un perro doméstico ni un perro de caza. Todo aquel territorio le pertenecía. Se bañaba en el estanque o se iba de caza con los hijos del juez, escoltaba a Mollie y a Alice, las hijas, en sus paseos de buena mañana o al atardecer, llevaba a los nietos del juez sobre su lomo o rodaba con ellos sobre la hierba y vigilaba sus pasos cuando se aventuraban hasta la fuente o incluso más



allá de los bancales. Entre los terriers se movía con aires imperiales, y a Toots e Ysabel los ignoraba completamente, porque él era el rey, un rey que reinaba sobre todas las criaturas que caminaban, se arrastraban o volaban en los dominios del juez Miller, y eso incluía también a los seres humanos.

Su padre, Elmo, un gran San Bernardo, había sido el compañero inseparable del juez, y Buck parecía destinado a seguir sus pasos. No era tan grande como Elmo, porque su madre, Shep, había sido una collie escocesa. Pero, si a su peso se le sumaba el orgullo de una vida repleta de comodidades y halagos, no es de extrañar que se pavonease como un miembro de la realeza. Desde que era un cachorro había llevado la existencia de un aristócrata. Se sentía muy satisfecho de sí mismo y se había vuelto un poco egoísta, como les ocurre a veces a algunos propietarios rurales debido a su aislamiento, pero hasta entonces se había librado de convertirse en un perro doméstico malcriado. La caza y el ejercicio al aire libre le habían impedido engordar y habían fortalecido sus músculos, y su afición al agua fría le había servido de tónico para mantenerse en buena forma.

Así era la existencia perruna de Buck en el otoño de 1897, cuando el descubrimiento del oro de Klondike arrastró a hombres de todo el mundo hasta el helado norte. Pero Buck no miraba los periódicos y no sabía que Manuel, uno de los ayudantes del jardinero, no era digno de confianza. Manuel tenía un vicio terrible: le encantaba jugar a la lotería china. Y, cuando jugaba, tenía un método, que es lo que lleva a muchos jugadores a la perdición. Porque



jugar con un método requiere dinero, y el salario de un ayudante de jardinero no da para eso y para cubrir a la vez las necesidades de una esposa y una numerosa prole.

El juez había ido a una reunión de la Asociación de Productores de Pasas y los hombres estaban ocupados organizando un club de atletismo aquella noche memorable de la traición de Manuel. Nadie lo vio atravesar el huerto con Buck, en lo que este se imaginaba que era un simple paseo. Y, aparte de un tipo solitario, nadie los vio llegar al pequeño apeadero conocido como College Park. Aquel hombre habló con Manuel y las monedas pasaron de unas manos a otras.

—Podías envolver la mercancía antes de entregarla —protestó el extraño, y Manuel enrolló una recia cuerda dos veces alrededor del cuello de Buck, por debajo del collar.

—Si la retuerces, lo dejarás sin aire —dijo Manuel, y el desconocido asintió con un gruñido.

Buck aceptó la cuerda con tranquila dignidad. Se trataba de un gesto incomprensible, pero había aprendido a confiar en los hombres a los que conocía y a dar por sentado que sabían lo que estaban haciendo. Pese a todo, cuando el extraño agarró el extremo de la soga, gruñó, amenazador. Se había limitado a transmitir su descontento, creyendo ingenuamente que su desaprobación equivalía a una orden. Pero, para gran asombro suyo, la soga se tensó alrededor de su cuello, cortándole la respiración. Rápido y furioso, saltó sobre el hombre, que lo agarró por la garganta y se la retorció para arrojarlo de espaldas contra el suelo. Entonces la cuerda se tensó despiadadamente, mientras Buck se debatía jadeando



desesperado y con la lengua fuera. Nunca en toda su vida lo habían tratado de manera tan cruel, y nunca había sentido tanta ira. Pero las fuerzas lo abandonaron, sus ojos se pusieron vidriosos y perdió el sentido mientras llegaba el tren y los hombres lo arrojaban en el compartimento de equipajes.

Lo siguiente que supo fue que le dolía la lengua y que su cuerpo traqueteaba dentro de algún tipo de vehículo. El ronco silbido de una locomotora al acercarse le hizo comprender adónde había ido a parar. Había viajado lo suficiente con el juez como para reconocer los vaivenes del compartimento de equipajes del tren. Abrió los ojos y en ellos brilló el destello de ira de un rey secuestrado. El hombre intentó agarrarlo por el cuello, pero Buck reaccionó demasiado rápido para él. Sus mandíbulas se cerraron sobre su mano y no la soltaron hasta que sintió que se iba a desmayar otra vez.

—Tiene ataques —dijo el hombre, escondiendo su mano herida para que no la viese el encargado del vagón, que había acudido al oír el forcejeo—. Lo llevo de parte del jefe a San Francisco. Hay un veterinario allí que dicen que puede curarlo.

Más tarde, al contar lo sucedido aquella noche, el hombre habló con gran elocuencia en la trastienda de una taberna situada en los muelles de San Francisco.

—Solo me dan cincuenta por él —refunfuñó—, y no volvería a hacerlo ni por mil en dinero contante y sonante.

Se había vendado la mano con un pañuelo ensangrentado y tenía la pernera del pantalón rasgada desde la rodilla al tobillo.

—¿Y cuánto se ha llevado el otro? —preguntó el tabernero.



—Cien —respondió el individuo—. No quiso rebajármelo ni un céntimo.

—Eso hacen ciento cincuenta —calculó el tabernero—. Y los vale, te lo digo yo.

El secuestrador se quitó el sucio vendaje y se miró la mano herida.

—Como no coja la rabia...

—Será porque naciste para morir en la horca —rio el tabernero—. Venga, échame una mano antes de irte.

Aturdido, con un dolor insoportable en la garganta y en la lengua y casi sin respiración, Buck intentó enfrentarse a sus torturadores. Pero una y otra vez lo derribaron y lo asfixiaron, hasta que lograron arrancarle el pesado collar de latón que llevaba en el cuello. Entonces le quitaron la cuerda y lo arrojaron dentro de una jaula.

Allí se quedó tendido el resto de la noche, rumiando su furia y su orgullo herido. No entendía qué significaba lo que le estaba pasando. ¿Qué querían de él aquellos desconocidos? ¿Por qué lo habían encerrado en aquel estrecho cajón? Aunque no comprendía los motivos, tenía la vaga sensación de que una catástrofe se cernía sobre él. Varias veces en el transcurso de la noche se irguió de un salto al oír que se abría la puerta, creyendo que iba a entrar el juez o alguno de sus hombres, por lo menos. Pero cada vez resultó ser el tabernero el que se inclinaba a echarle una ojeada a la luz mortecina de una vela. Y, cada vez, el ladrido de alegría que temblaba en la garganta de Buck terminó convirtiéndose en un feroz gruñido.

No obstante, el tabernero no le molestó más y por la mañana entraron cuatro tipos a recoger la jaula. Más torturadores, pensó



Buck, porque tenían aspecto de malhechores, sucios y desarrapados. Les ladró con violencia a través de los barrotes. Ellos se rieron y le azuzaron con palos, que él intentaba morder con los dientes hasta que se dio cuenta de que era justo lo que los hombres querían. Entonces se tumbó resentido y dejó que sacasen la jaula del vagón. A partir de ahí, fue pasando de mano en mano. Los empleados de una empresa de transportes se hicieron cargo de él; lo llevaron a otro tren. Luego lo cargaron en una camioneta, entre bidones y paquetes, y más tarde en un transbordador. De allí pasó a un almacén del ferrocarril y finalmente lo subieron a un nuevo vagón.

Durante dos días con sus noches, aquel vagón fue arrastrado por diferentes locomotoras y, durante dos días con sus noches, Buck no comió ni bebió. En su furor, había recibido los intentos de acercarse de los empleados del ferrocarril con gruñidos y ellos se habían vengado burlándose de él. Cuando se lanzaba colérico contra los barrotes echando espumarajos por la boca, se reían a carcajadas y le azuzaban. Gruñían y ladraban como odiosos perros, croaban y aleteaban con los brazos. Era todo muy estúpido, y él lo sabía. Pero por eso precisamente el ultraje a su dignidad le parecía mayor, y su ira crecía y crecía. La falta de comida no le importaba tanto, pero la sed le provocaba un intenso sufrimiento y acrecentaba su nerviosismo. Como era extremadamente sensible, los malos tratos le habían provocado fiebre, que empeoró con la irritación de la reseca e inflamada garganta.

Solo una cosa le alegraba: haberse librado de la cuerda que rodeaba su cuello. Aquello les había dado a los hombres una ventaja



injusta. Pero, ahora que ya no la llevaba, los pondría en su sitio. De ninguna manera conseguirían volver a ponerle otra soga al cuello. Estaba decidido. Durante dos días con sus noches no comió ni bebió y, durante aquellos días y noches de tortura, acumuló una reserva de ira que pintaba mal para el primero que se cruzara en su camino. Sus ojos estaban inyectados en sangre y parecía haberse transformado en un demonio furioso. Tanto había cambiado que ni el mismo juez le habría reconocido, y los empleados del tren respiraron aliviados cuando lo desembarcaron en Seattle.

Cuatro hombres lo transportaron con muchas precauciones desde el vagón hasta un pequeño patio de altos muros. Un tipo robusto con un jersey rojo salió a firmar el recibo. Buck adivinó que sería su siguiente torturador y se lanzó salvajemente contra los barrotes. El hombre sonrió de un modo siniestro, y trajo un hacha y un garrote.

—No irás a sacarlo ahora, ¿verdad? —preguntó el conductor.

—Claro que sí —contestó el individuo, haciendo palanca en la tapa de la jaula con el hacha.

Los cuatro hombres que lo habían transportado se subieron a los muros y se prepararon para disfrutar del espectáculo.

Buck saltó sobre las astillas de las tablas, las mordió y comenzó a pelearse con ellas. Allí donde el hacha abría un boquete aparecía él desde el interior, gruñendo, rugiendo, tan nervioso por salir como tranquilo se mostraba el hombre en su empeño de sacarlo.

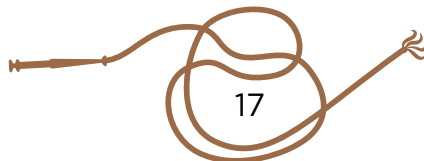
—Sal de ahí, perro endemoniado —dijo cuando logró abrir un hueco lo bastante ancho como para que Buck pudiera saltar. Al



mismo tiempo arrojó el hacha al suelo y se cambió el garrote a la mano derecha.

Y es verdad que Buck parecía endemoniado en el momento en que tomó impulso para saltar, con el pelo erizado, la boca espumeante y un destello de locura en sus ojos enrojecidos. Se lanzó directo contra el hombre con sus sesenta y cinco kilos de furia, más el peso de la sed y el ardor de aquellos dos días con sus noches. En mitad del salto, cuando sus fauces estaban a punto de cerrarse sobre el hombre, recibió un golpe que desvió su cuerpo e hizo que sus mandíbulas chocasen violentamente una contra la otra. Giró en el aire y cayó al suelo de espaldas. Nunca en su vida le habían pegado con un garrote y no entendía lo que estaba pasando. Con un gruñido que tenía más de queja que de ladrido se puso en pie y volvió a atacar. Y de nuevo llegó la sorpresa y recibió un brutal golpe que lo derribó. Esta vez se dio cuenta de que había sido el garrote, pero su locura le impedía protegerse. Cargó una docena de veces más, y cada vez el garrote detuvo su embestida y lo lanzó contra el suelo.

Después de un golpe especialmente duro, se arrastró sobre sus patas, demasiado aturdido para reaccionar. Se tambaleaba y cojeaba, sangraba por la boca y por la nariz, y su precioso pelaje estaba empapado de babas sanguinolentas. Entonces, el hombre le asestó deliberadamente un terrible golpe en el hocico. Todo el dolor que había soportado hasta entonces no era nada comparado con aquello. Con un rugido que recordaba al de un león en su ferocidad, arremetió una vez más contra el hombre. Pero este, pasándose el garrote de la mano derecha a la izquierda, lo agarró por debajo de



la mandíbula y lo retorció simultáneamente hacia abajo y hacia atrás. Buck dio una voltereta en el aire y cayó al suelo de bruces.

Atacó una última vez. El hombre le asestó el golpe definitivo, que había estado reservando para aquel momento, y Buck se derrumbó y perdió la conciencia.

—¡No hay perro que se le resista, te lo digo yo! —gritó entusiasmado uno de los tipos que se había encaramado a los muros.

—Yo preferiría domar potros cayuses todos los días y dos veces los domingos —replicó el conductor, que había vuelto al carruaje y ya arreaba a los caballos.

Buck recuperó la conciencia, pero no las fuerzas. Se quedó tendido donde había caído y desde allí observaba al hombre del jersey rojo.

—Responde al nombre de Buck —dijo el hombre, leyendo en voz alta la carta del tabernero que acompañaba a la jaula—. Bueno, Buck, muchacho —continuó en tono amigable—, hemos tenido nuestra pequeña bronca y lo bueno es que ahora ya podemos pasar página. Ahora ya sabes con quién te la juegas y yo también. Pórtate bien y todo irá estupendamente. Pero, si te portas mal, te saco las entrañas. ¿Queda claro?

Mientras hablaba, palmeaba sin miedo la cabeza que acababa de golpear salvajemente y, aunque a Buck se le erizó el pelo al contacto de su mano, lo soportó sin protestar. Cuando el tipo le ofreció agua, bebió con avidez, y más tarde engulló una generosa ración de carne que el individuo le fue dando pedazo a pedazo con la mano.

Había sufrido una derrota, pero no pensaba darse por vencido. Había comprendido de una vez por todas que, contra un



hombre armado con un garrote, no tenía la menor oportunidad. Había aprendido una lección que no olvidó nunca en su existencia posterior. Aquel garrote fue una revelación. Fue su descubrimiento de una ley primitiva y se adaptó con rapidez. Se hallaba en un mundo hostil y, aunque no temía enfrentarse a él, iba a hacerlo con toda la astucia que hasta entonces dormía latente en su interior. En los días siguientes fueron llegando más perros, unos en jaulas y otros atados con cuerdas, algunos dóciles y otros revolviéndose y atacando como él, y todos y cada uno de ellos terminaron sometiéndose al dominio del hombre del jersey rojo. Una y otra vez repetía su brutal actuación, haciendo que el mensaje calase en Buck: un hombre con garrote se convertía en un amo, alguien a quien había que obedecer, aunque no se le aceptase. Nadie podía culpar a Buck de esto último, a diferencia de otros perros que, después de ser apaleados, iban moviendo la cola a lamerle la mano al individuo. También hubo un perro que no quiso aceptar ni obedecer y acabó muriendo en aquella lucha por la supremacía.

De vez en cuando llegaban otros hombres, desconocidos que hablaban animadamente, casi siempre para adular al hombre del jersey rojo. Cuando este recibía dinero, los desconocidos cogían uno de los perros y se lo llevaban. Buck se preguntaba adónde irían, porque ninguno regresó. Le preocupaba su futuro y se alegraba cada vez que no lo elegían.

Sin embargo, terminó llegándole el turno en forma de un tipo debilucho que hablaba un inglés muy malo salpicado de exclamaciones desconocidas que Buck no lograba entender.



—¡*Sacredam!* —dijo, y los ojos se le iluminaron al mirar a Buck—. Ese sí perro bravo, ¿eh? ¿Cuánto?

—Trescientos, y es un regalo —replicó el hombre rápidamente—. Además, como es dinero del gobierno, no irás a regatear, ¿verdad, Perrault?

Perrault sonrió. Teniendo en cuenta que los precios de los perros estaban por las nubes debido a la gran demanda, no era una suma excesiva por un animal tan espléndido. El gobierno canadiense no saldría perdiendo y la velocidad de los despachos de correo no podía más que mejorar. Perrault sabía de perros y, en cuanto le echó el ojo a Buck, supo que era uno entre mil. «Uno entre mil», se dijo mentalmente.

Buck vio que el dinero pasaba de unas manos a otras y no le sorprendió que el hombrecillo se lo llevase junto con Curly, una Terranova de excelente carácter. Aquella fue la última vez que vio al hombre del jersey rojo y, cuando Curly y él contemplaron cómo se alejaba la costa de Seattle desde la cubierta del Narval, fue su último contacto con las templadas tierras del sur. Perrault los llevó abajo y se los entregó a un gigante de cara negra llamado François. Perrault era francocanadiense y bastante moreno, pero François resultó ser un francocanadiense mestizo y su piel era dos veces más oscura. Perteneían a una clase de hombres nueva para él, aunque terminaría conociendo a muchos más, y, si bien no llegó a cogerles afecto, con el tiempo terminó apreciándolos. Se dio cuenta enseguida de que Perrault y François eran tipos de fiar, tranquilos e imparciales cuando administraban justicia y



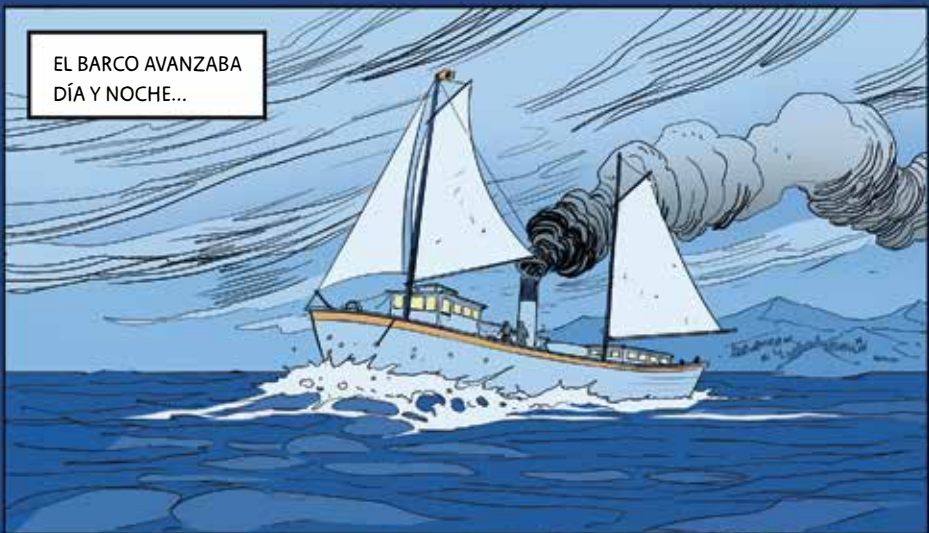
demasiado familiarizados con los perros como para dejarse engañar por ellos.

En las bodegas del Narval, Buck y Curly se reunieron con dos nuevos perros. Uno de ellos resultó ser un enorme animal blanco como la nieve que había sido traído desde Spitzbergen por un capitán ballenero y que después había participado en una expedición geológica a los Barrens. Era bastante agradable, aunque de un modo traicionero, sonriéndote a la cara mientras intentaba jugártela, como, por ejemplo, cuando en su primera comida juntos le robó a Buck parte de su ración. En el momento en el que Buck saltó para castigarlo, el látigo de François resonó en el aire y cayó sobre el ladrón, alcanzándolo antes que él, y Buck no tuvo que hacer nada más que recuperar su hueso. Aquello le hizo comprender que François era justo y el mestizo comenzó a subir puntos en la estima de Buck.

El otro perro no intentaba hacer amigos y nadie trató de hacerse amigo de él. Al menos, no intentaba robarles nada a los recién llegados. Era un animal sombrío y taciturno, y pronto le dejó claro a Curly que lo único que quería era que lo dejaran en paz y que habría problemas si no respetaban sus deseos. Se llamaba Dave y se limitaba a comer, dormir y bostezar entre una cosa y otra, sin interesarse por nada, ni siquiera cuando el Narval atravesó el estrecho de la Reina Carlota y empezó a bambolearse como si estuviese poseído por el diablo. Buck y Curly se pusieron muy nerviosos, parecían enloquecidos de miedo, pero él se limitó a levantar la cabeza, irritado, les dedicó una mirada de desaprobación, bostezó y se volvió a dormir.



EL BARCO AVANZABA
DÍA Y NOCHE...



IMPULSADO INCANSABLEMENTE
POR SU HÉLICE...



Y AUNQUE LOS DÍAS TRANSCURRÍAN
IGUALES UNOS A OTROS...



BUCK NOTÓ QUE
CADA VEZ HACÍA
MÁS FRÍO.

WOOF
WOOF!











¡JA, JA!